

Entre tanto, Zayda Fatima, porque sus heridas tenían alguna gravedad, fué conducida á Mayorga, en cuyo castillo la aposentó con grandes consideraciones, debidas á quien tan bien servía á la reina, el rico hombre Garci Fernandez de Villamayor.

El conde don Lope, por su parte, envió un correo á la reina, que estaba en Valladolid, harto apesurada por lo que acontecia y por lo que la pedían los Haros y los Laras para servirla, avisándola del mal estado en que se encontraba el caballero del Aguila Roja.

CAPITULO IV.

LO QUE HABLARON UN ABAD Y UN PRIOR.

I.

Era una hermosa tarde del mes de agosto, y una muy hermosa huerta: la del convento de Dominicos de San Pablo de Valladolid.

Cerca del portalon de la huerta que daba á la calle, bajo un tupido emparrado, junto á una puerta que conducía á una hermosa y fresca sala baja, donde habitaba el prior, sentado en un ancho sillón de roble, delante de una pequeña mesa en que habia conservas de monja, y en una jarra de búcaro agua enfriada en un pozo, estaba un señor con traje entre eclesiástico y seglar, como de cincuenta años, de complexion delicada, de fisonomía espresiva y benévola, de mirada inteligente, muy pálido, y con el cabello entrecano.

Hablaba con él, sentado en otro sillón, del otro lado de la mesa, con voz estentórea, á pesar de que la contenía, un religioso robusto, de buena estatura al parecer, aunque no podia juz-

garse bien de ella por estar sentado; de buen color, buen semblante, mirada viva y profunda, y dotado al parecer de grande inteligencia.

El primero de estos personajes era don Nuño Perez de Monroy, canciller y tesorero de la reina doña María, y abad de Santander.

Era el otro don Lope Lopez de Cifuentes, maestro doctor en sagrada teología y cánones, y prior de los Dominicos de San Pablo.

Dos pajes, con el mismo lujo que podían gastar los de un gran señor ostentoso, con las armas de Santo Domingo sobre el pecho, servían la mesa.

Un lego, sentado en una banqueta junto al portalon que estaba abierto para que corriese bien el aire, daba la guardia para impedir penetrasen perros ó mendigos, por lo cual tenía junto á sí una larga caña de escoba, no para los mendigos, que esto no hubiera sido caritativo, sino para los perros.

Del mismo modo tenía órden de no dejar penetrar ningun profano, á no ser aquellos caballeros que de antiguo eran conocimiento de la comunidad.

Don Nuño comía poco, á pesar de que las conservas eran esquisitas; se comprendía que se prestaba á comer por no desairar el agasajo que de tan buen talante le había ofrecido el prior.

—Desganado andais y pensativo, señor don Nuño, dijo el prior, notando el poco apetito y la abstraccion del canciller de la reina.

—¿Y cómo quereis que ande, dijo este, si lo que sucede es para desesperar á un santo? ¿Adónde van? ¿qué quieren? ¿en qué sueñan esos que se revuelven contra el rey legítimo? No pararán hasta hacer trizas esta desgraciada patria. ¿Qué les importa á ellos de todo, si medran? Esto es escandaloso, don frey Lope: me he venido del Alcázar aburrido, desesperado, harto de leer cartas en que piden á la reina por servirla ricos hombres y caballeros mal nacidos, villas y lugares y castillos, de tal manera, que para tener reino es necesario quedarse sin él. Nada, nada, me dije; á ver á mi amigo don frey Lope me voy, á pasear un

momento por la hermosa huerta del monasterio, y á beber una poca de agua fríisima del pozo. ¡Y qué reina, señor, qué reina! ¡y que la traten así esos malsines! ¡Una reina que se ha quedado pobre, no solamente por sostener los derechos de su hijo, sino por evitar sacrificios á sus reinos! ¿Quereis creer, don frey Lope, que de las muchas y riquísimas alhajas que la reina había heredado de sus mayores, y que valían un tesoro, no la ha quedado mas que un vaso de plata y una sortija, y esto porque en aquel vaso de plata bebía cuotidianamente su vino el rey don Sancho, y la sortija porque es su sortija de desposada? Por lo demás, la reina come con trinchante de hierro, en escudilla de barro y no gran comida. Y lo que viste, ya lo veis, tocas y hábito, y para los días grandes tiene guardado un traje de vellorí con poco oro, y una diadema de plata: una santa, don frey Lope, una santa, á quien Dios ilumina, porque la verdad es que entre tan recias tormentas, ella ha sacado á salvo á su hijo; pero esta de ahora es negra, y no sé, no sé lo que sucederá si don Diego y don Juan Nuñez no se avienen con la reina, y los aragoneses toman á Mayorga y se van sobre Burgos, y el de Portugal viene á sitiarnos á Valladolid.

—Esperad, esperad, don Nuño, dijo el prior, que si á tanto llegan las cosas, nosotros saldremos con el Cristo en las manos á levantar hasta las piedras por la reina.

—¡Ah, don frey Lope, que cuando Dios no quiere no hay Cristo que valga! Ya salieron en Tordesillas la otra vez los padres franciscos con el Santísimo Sacramento en las manos á detener á los portugueses, y estos adoraron al Santísimo Sacramento, pero tomaron la villa. No vayais con Dios ni con los santos á detener á los ambiciosos, porque están condenados y atropellarán por todo, aunque sepan que por atropelladores de lo divino y de lo humano, van á dar, cuando se mueran, de cabeza en los infiernos.

—Contra Dios nadie prevalece, dijo el prior.

—Así es la verdad, contestó don Nuño, y en Dios confío que él dará á la noble reina en esta tribulación la victoria, como se la ha dado en otras. Pero cuán inútil es el sacrificio de su señoría,

—¡Inútil! ¿y por qué?

—¡Ah madre, madre heroica, madre mártir! el rey.....

—¿Qué decís del rey?

—Retirad esos pajes, contestó don Nuño.

—Idos á jugar á la huerta, hijos míos, hasta la hora de vísperas en que os ireis al coro, dijo el prior.

Los dos pajecillos partieron, saltando como dos podencos á quienes se suelta la trahilla.

II.

—¿Qué decís del rey? repitió don frey Lope.

—Su señoría no es malo; tiene grandeza y buenos pensamientos, pero es, de una parte iracundo, de otra débil; no puede sufrir que se le reprenda; á pesar de sus pocos años, se cree ya hombre, le pesa la tutela, no sabe contrariarse ni la voluntad ni el apetito, y sus cuartanas, esas tenaces cuartanas que se van haciendo peligrosas, provienen de su intemperancia en el comer y en el beber. No está nunca mas satisfecho que cuando le ponen delante mucha carne, y en vano don Kag y don Abraham le advierten; en vano su madre le amonesta; se irrita y es necesario darle gusto; y no es esto lo peor, sino que carece absolutamente de prudencia, quiere llevarlo todo á sangre y fuego; es hijo, en fin, de su padre, el que se rebeló contra el rey don Alfonso, el que mató vasallos por su mano. Abandonado á la ira, el rey no vivirá mucho, y es posible que muera de mala muerte; me lo dice un presentimiento tenaz: el mismo presentimiento tiene la reina, y sufre y llora la pobre mártir: ¿qué va á ser del rey y de sus reinos, me dijo un día no pudiendo contener su dolor, cuando deje de estar bajo mi tutela? ¡Bah! ¡bah! esto es muy doloroso.

Y el buen abad se limpió dos lagrimones que se le habian saltado.



LA BUENA MADRE.

Idos á jugar á la huerta, hijos míos....

—Su señoría es muy mozo aún, dijo el prior, y los buenos consejos y la buena crianza que le da la reina le corregirán.

—No há muchos dias corrió por el Alcázar, puñal en mano, á su camarero Guillen de Meneses porque no encontró el desdichado pronto el capacete que le habia pedido, y á no ampararse de la reina hasta el punto de abrazarse á ella, le mata. ¿Cómo creéis que el rey acabe en bien, si tal hace en su mocedad y bajo tutela? Y luego, que es su mayor amigo el que mas le adula, el que mas le complace; tenia antes por favorito á su tio el infante don Juan, y ahora parece que se inclina á don Juan Nuñez de Lara, que se aprovecha de la ocasion, y cada dia exige mas de la reina.

—Prometo rogar á Dios todos los dias, en el acto de la consagracion, dijo el prior, porque se moderen esas funestas inclinaciones del rey.

—Dios os pague vuestra buena intencion, don frey Lope, y él os oiga, que bien lo habemos menester. ¿Y qué se dice de aquel aparecido, don frey Lope, vos que sabeis todo lo que se dice en Valladolid?

—Pues se dice nada menos, contestó el prior, que don Lope Diaz de Haro no ha muerto, lo cual, ya veis, es un dislate, porque todo el mundo sabe que murió, y que murió bien, aunque le mataron mal: cosas del vulgo, que es capaz de creer que los asnos vuelan si se lo dicen: ¡y ahí es nada, de otra noticia que corre por Valladolid!

—¿Y qué noticia es esa, don frey Lope?

—Una noticia increíble: figuráos que afirman que ese caballero del Aguila Roja que tanto y tan bien está sirviendo á la reina en el cerco de Mayorga, es una mujer, y no así una mujer como se quiera, hombruna y atravesada y zahareña, de las cuales bien se puede creer cualquiera fiereza, sino una dama, y no solamente dama y delicada, sino una infanta; en una palabra, dicen que es aquella infanta mora que apareció no se sabe cómo en la córté la misma noche en que murió el rey don Sancho, y se cristianó y se llamó doña María de Granada y de Molina por el madrinazgo de la reina, y fué doncella noble de su señoría, y

desapareció hace algunos meses, creyéndose por todos que la habian robado algunos emisarios del infante don Juan, que dicen andaba enamorado de ella.

—¿Y vos qué decís, don frey Lope?

—Digo que no puede ser: ¡cómo! ¡aquella dama tan vergonzosa, tan tímida!.....

—Don frey Lope, la verdad sea dicha: las mujeres son cosa de que no entendemos mucho nosotros por nuestro estado; pero acordémonos de que el diablo tentó, perdió y trasformó á Eva, nuestra comun madre, y que desde entonces el diablo anda tentando á las mujeres y cambiándolas de lo que son en lo que nadie hubiera creído pudiesen ser, á mas que hay muchos ejemplos de mujeres que han combatido en la guerra con tanta ó mas pujanza que los hombres, sin contar con las mujeres fuertes de la Sagrada Escritura, que de esto no puede dudarse.

—¿Sabeis vos algo, señor don Nuño? dijo el prior mirando fijamente al canceller.

—¿Saber! no, respondió este; pero nada estraño, porque todo es posible mediante la voluntad de Dios.

III.

Se oyeron en aquel momento trompetas y atabales, lo que no inquietó á los dos eclesiásticos, porque aquellos timbales y aquellas trompetas no significaban otra cosa sino que se acercaban el rey ó la reina en córte.

Pusiéronse, sí, vivamente de pié, y llegaron quanto de prisa pudieron al portalon.

CAPITULO V.

EN QUE SE VE EL TERRIBLE ALIADO QUE DIOS HABIA CONCEDIDO Á LA REINA DOÑA MARÍA.

I.

El apuro del prior fué terrible cuando vió que del cortejo real que venia por la calle arriba, en direccion al convento, se destacaba un ginete y adelantaba á media rienda hácia el portal.

—Pues sus señorías vienen aquí, señor don Nuño; de otra manera, no sé para qué habia de venir á buscarnos ese señor escudero del rey; ¡y sin haber avisado!

—Pronto, hermano Pánfilo, id, avisad á la comunidad que salga con palio. ¡Válgame Dios, señor! ¡Y se va reuniendo gente! Mirad, mirad cómo aclaman á la reina: el buen pueblo ama á su señoría. Guárdeos Dios, caballero, añadió dirigiéndose á un ginete perfectamente montado y galana y bizarramente vestido á lo hidalgo, que acababa de refrenar á su caballo junto al portal.

—Señor prior, dijo el ginete: sus señorías el rey y la reina